

De la tómbola electorera

Un manifiesto de excepción

por

Martin Cruz

LA proximidad de las elecciones ha echado los políticos a la calle, y cotidianamente les vemos, con gestos de mercaderes, pregonar sus programas, como las cualidades de un producto, en demanda del voto apetecido.

Una triste impresión de vaciedad dejan en el ánimo, los menguados oradores de las distintas fracciones en lucha. Cualquiera que sea la filiación partidista, la táctica política, siempre es la misma: denigrar al contrario que pueda competir en fuerza. Y así la lucha parece haberse entablado solamente entre dos fracciones. Las demás, si bien suman una considerable masa de opinión, quedan anuladas gracias a las características de la ley en vigor.

Bien, tales fracciones no han emprendido una justa noble de programas de acción, de propósito a desarrollar en el gobierno; más eficaz les parece el tiroteo de insultos, la mutua procazidad. Así sus respectivos carteles que tapizan los muros de la metrópoli, producen el efecto de una guerrilla de estiercol.

Los unos, oficialistas, faltos de toda idea, de todo programa, insisten con una carnosidad de ebrios en manosear el perdido prestigio de esa pobre virgen presunta, eternamente violada que llaman Constitución. Y bajo de tal amparo, como quien se resguarda del sol a la sombra de un árbol seco, dan rienda suelta a su interesado fetiquismo, esforzándose por divinizar a un ídolo, de burda fectura carnavalesca.

Pocas esperanzas, sin embargo, han defraudado los actores de este tablado; apenas comenzada la representación de su papel, todo el mundo se enteró de la pobreza de sus recursos para el engaño y si continúan la función injiciada es, simplemente, porque hay muchos interesados en que no cese.

La actitud de los otros es bien dolorosa, en cambio. Ellos, han constituido, para la opinión de la mayoría liberal, la única agrupación capaz de preparar, dentro del campo político, el advenimiento de una era más justa y equitativa. Y esa fuerza ha claudicado vergonzosamente echando por tierra todas las esperanzas que en ella se habían fundado. Sin embargo, esta claudicación que dentro de las fuerzas nuevas de la vida política argentina, significaría un verdadero descalabro, acaso sea más aparente que real. Los optimistas vemos en esto sólo la acción de un pequeño núcleo de oportunistas, acción que si logra influir en la marcha de todo el partido, es por la situación encumbrada del grupo claudicante; pero dentro de la masa misma obsérvanse síntomas promisorios de vida nueva y es-

tamos seguros de que esas fuerzas que ahora se advierten vagamente, han de imponerse en un futuro cercano, trazando rumbos definidos a ese conglomerado oscilante.

Mientras ese proceso de renovación interna se produzca, este partido se nos aparece en la actualidad como algo lamentable. Y a los que siempre le hemos ayudado desde afuera, vale decir, en la más desinteresada de las situaciones, nos apena, realmente, ver que en momentos en que en todo el mundo se plantean problemas que afectan fundamentalmente la vida de las democracias, insistan aquí los que debían secundar tal movimiento, en reeditar una vieja plataforma que el tiempo ha desteñido y con la cual procuran aplicar un paliativo transitorio a nuestra legislación medioeval.

Pero mientras tal cosa ocurre en la metrópoli, llegamos de una ciudad mediterránea — y esto es doblemente significativo — un reconfortante manifiesto político que sería injusto dejar pasar inadvertido.

Nos referimos al manifiesto del Partido Radical Rojo de Córdoba. Prescindiendo de la parte de politiquería que fatalmente debió de tener, así como del poco de «radicalismo» que aún queda a la fracción: algún elogio de Alem, «gran tribuno» (sic); y a pesar de que no compartamos en absoluto la solución propuesta: «aplicación del impuesto único»; es de elemental justicia llamar la atención acerca de él, haciendo constar que es el único documento político en que hemos visto plantear, en una forma rasuelta y valiente, nuestro problema primordial. Problema que, sin duda alguna, advierten todos nuestros políticos, pero que ninguno se anima a reconocer — acaso por conveniencia personal — en una forma franca y decidida.

Entendemos que el mejor elogio que podemos hacer del manifiesto que comentamos es transcribir en nuestras columnas su parte fundamental que ratificamos en absoluto:

«Salta a la vista la pobreza, la miseria y el malestar existente en nuestras clases trabajadoras.

—¿Por qué existe esa pobreza y malestar entre las clases que son el nervio de la Patria y las que crean su riqueza?

—Porque *«la vida está muy cara»* y *«no hay trabajo»* o *«el trabajo está muy mal remunerado»*. Los obreros lo ven y lo comprenden.

—Y ¿cuál es la causa de la vida tan cara y de la falta de trabajo o de remuneración?

—Porque *«la tierra»* — único depósito de donde el trabajo puede sacar todas las cosas necesarias para la vida de todos los

hombres — *«es propiedad particular o privada de unos pocos individuos»*, que la han acaparado o monopolizado, *«impidiendo trabajar a los demás»*, especulando con ella, y cobrando lo que se les antoja por precio o por arriendo. Y así, al subir el valor del medio *«necesario»* e *«irreemplazable»* de toda producción, las cosas producidas suben fatalmente de precio. Las tierras caras dan productos caros.

Y como el resto de los hombres — que es la inmensa mayoría, — no puede adquirir tierras porque *«no tiene sino brazos y necesidades»*, — se ve forzado a vender su trabajo, su libertad, y a veces hasta su dignidad y su honor, para conseguir el sustento, — lo indispensable para no morir.

Y son tantos los que no tienen más que sus necesidades y sus brazos, tantos los que disputan cada día un puesto de trabajo, — que los que pueden darlo y pagarlo (a ese trabajo), exigen lo más que pueden y pagan lo menos posible a los trabajadores, cuando les hacen el favor de colocarlos; llegando así a salarios de hambre — cuando no de infamia — para el obrero y su familia. «Por esto bajan los salarios»: por el monopolio de la tierra y la competencia que se hacen los trabajadores que no tienen tierra.

Al elevado precio de la tierra monopolizada, que encarece enormemente las subsistencias, se agregan los impuestos, *«patentes y derechos, las aduanas y otras expropiaciones»*, — que dificultan la libre producción y la competencia libre en el comercio, *«impiden trabajar»* y *«elevan más el precio de lo que el pueblo produce y consume»*; aumentando indefinidamente los cuantiosos gastos de las recaudaciones fiscales y la extorsión de «los intermediarios».

De lo muy poco que el obrero gana, entrega la mayor parte al terrateniente por alquiler (o renta), al intermediario por «ganancia» (!) y al fisco, de tres cabezas (nacional, provincial y municipal) y múltiple dentadura, por impuestos.

Y esos impuestos se invierten en servicios y obras públicas que, con el progreso y aumento de la población entera, con el crecimiento gradual de las familias obreras — que constituyen la mayoría de la población, — elevan más y más el precio de las tierras, *«en beneficio exclusivo de los privilegiados»* terratenientes, que se enriquecen a costa ajena. Y *«es la tierra»*, ese valor que el pueblo crea con sus gastos y con su esfuerzo, *«lo único que no paga impuesto alguno nacional»*, y los municipales y provinciales que soporta son insignificantes. Mientras el obrero paga de su salario, en el pan, un impuesto del doscientos por ciento, o sea *«el dos mil por mil»*, el más alto impuesto de contribución a la tierra, valorizada por el pueblo (la contribución directa), es del *«siete»* por mil.

De ahí que los terratenientes, sin trabajar en nada, o haciéndose políticos, se enriquecen cada vez más a costa y con el sudor y el sufrimiento de los trabajadores; mientras éstos, los obreros, se empobrecen cada vez más y más en beneficio de los terratenientes.

"VIRTUS"

Revista argentina de bibliografía. Se publica mensualmente con información completa de todo el movimiento bibliográfico argentino y extranjero.

"Virtus" se edita lujosamente en fascículos no menores de 32 páginas y se remite gratis a quien la solicite.



Editorial
"VIRTUS"
Esmeralda 70
Buenos Aires